

A painting of a monkey in a dark suit and tie, sitting at a wooden podium and smoking a cigar. The monkey is looking to the left. The background features a window with vertical bars and a red curtain. The overall style is classical and somewhat somber.

Franz Kafka

Informe para una  
Academia

**E** LEJANDRIA

A painting of a monkey in a dark suit and tie, sitting at a wooden podium and smoking a cigar. The monkey is looking slightly to the left. The background is a dimly lit room with a window showing a view of a city. The painting has a textured, aged appearance with some gold leaf accents at the top. The text 'Franz Kafka' is written in a serif font above the monkey, and 'Informe para una Academia' is written in a larger serif font across the middle of the image. At the bottom, the publisher's name 'E LEJANDRIA' is displayed in a white box with a gold border.

Franz Kafka

Informe para una  
Academia

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **INFORME PARA UNA ACADEMIA**

**FRANZ KAFKA**

**PUBLICADO: 1917**  
**FUENTE: PROJEKT-GUTENBERG.ORG**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# INFORME PARA UNA ACADEMIA

¡Excelentísimos señores de la Academia!

Me conceden el honor de solicitarme que presente a la Academia un informe sobre mi vida anterior como simio.

En este sentido, lamentablemente no puedo acceder a su petición. Casi cinco años me separan de mi condición de simio, un tiempo quizá breve si se mide con el calendario, pero infinitamente largo de recorrer al galope, como lo he hecho yo, acompañado en ciertos trechos por personas excelentes, consejos, aplausos y música de orquesta, pero en el fondo solo, pues todo acompañamiento se mantenía, para seguir con la metáfora, lejos de la barrera. Semejante proeza habría sido imposible si yo, obstinadamente, hubiera querido aferrarme a mi origen, a los recuerdos de mi juventud. Precisamente la renuncia a toda obstinación fue el mandamiento supremo que me impuse; yo, un simio libre, me sometí a este yugo. Pero, a cambio, los recuerdos se me fueron cerrando cada vez más. Si al principio, de haberlo querido los hombres, el retorno me habría estado franqueado a través del portal entero que el cielo forma sobre la tierra, este se fue haciendo cada vez más bajo y estrecho a medida que mi desarrollo avanzaba a latigazos; me sentía más a gusto y más resguardado en el mundo de los hombres; la tempestad que soplaba a mi espalda desde mi pasado amainó; hoy no es más que una corriente de aire que me enfría los talones; y el agujero en la lejanía, por el que llega y por el que una vez llegué, se ha vuelto tan pequeño que, si acaso las fuerzas y la voluntad bastaran para retroceder hasta allí, tendría que

arrancarme la piel del cuerpo para poder pasar. Hablando con franqueza, por mucho que me guste elegir imágenes para estas cosas, hablando con franqueza: su condición de simios, señores, en caso de que tengan tras de sí algo semejante, no puede estar más lejos de ustedes de lo que la mía lo está de mí. Sin embargo, a todo el que camina sobre esta tierra le hace cosquillas en el talón: tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.

No obstante, en un sentido muy limitado, quizá sí pueda responder a su pregunta, y lo hago además con sumo gusto.

Lo primero que aprendí fue a dar la mano; dar la mano demuestra franqueza; que hoy, cuando me encuentro en la cima de mi carrera, a aquel primer apretón de manos se le añade también la palabra franca. No aportaré nada esencialmente nuevo a la Academia y quedará muy por detrás de lo que se me ha exigido y de lo que, con la mejor voluntad, no puedo decir; aun así, debe mostrar la directriz por la que un antiguo simio ha penetrado en el mundo de los hombres y se ha establecido en él. Sin embargo, ni siquiera podría decir lo poco que sigue si no estuviera completamente seguro de mí mismo y si mi posición en todos los grandes escenarios de variedades del mundo civilizado no se hubiera consolidado hasta ser inquebrantable.

Soy originario de la Costa de Oro. Sobre cómo fui capturado, dependo de relatos ajenos. Una expedición de caza de la empresa Hagenbeck —con cuyo jefe, por cierto, he vaciado desde entonces más de una buena botella de vino tinto— estaba al acecho en la maleza de la orilla cuando yo, al atardecer, me acerqué al abrevadero en medio de una manada. Dispararon; fui el único alcanzado; recibí dos disparos.

Uno en la mejilla; fue leve; pero dejó una gran cicatriz roja y sin pelo que me valió el repugnante, totalmente inapropiado y, en rigor, inventado por un simio, nombre de Rotpeter, como si me distinguiera del animal simiesco amaestrado, Peter, recientemente reventado y conocido aquí y allá, solo por la mancha roja en la mejilla. Esto, dicho sea de paso.

El segundo disparo me alcanzó debajo de la cadera. Fue grave, y es el culpable de que todavía hoy cojee un poco. Hace poco leí en un artículo de uno de esos diez mil galgos que escriben sobre mí en los periódicos: que mi naturaleza simiesca aún no está del todo reprimida; prueba de ello es que, cuando vienen visitas, me quito con predilección los pantalones para mostrar el orificio de entrada de aquel disparo. A ese tipo se le debería hacer saltar, uno por uno, cada dedito de su mano escritora. Yo, yo puedo quitarme los pantalones ante quien me plazca; no se encontrará allí más que un pelaje bien cuidado y la cicatriz de un —elijamos aquí, para un propósito determinado, una palabra determinada, que no debe ser malinterpretada—, la cicatriz de un disparo sacrílego. Todo está a la vista; no hay nada que ocultar; cuando se trata de la verdad, toda persona magnánima se despoja de los modales más refinados. Si, por el contrario, aquel escritor se quitara los pantalones cuando llegara una visita, el asunto tendría, desde luego, otro cariz, y aceptaré como señal de sensatez que no lo haga. Pero entonces, que me deje en paz con su delicadeza.

Tras aquellos disparos, desperté —y aquí comienza gradualmente mi propio recuerdo— en una jaula en el entrepuente del vapor de Hagenbeck. No era una jaula de barrotes por los cuatro costados; más bien, solo tres paredes estaban sujetas a un cajón; el cajón, pues, formaba la cuarta pared. El conjunto era demasiado bajo para estar de pie y demasiado estrecho para sentarse. Por eso me acurrucaba con las rodillas dobladas, en perpetuo temblor, y, como al principio probablemente no quería ver a nadie y deseaba estar siempre en la oscuridad, de cara al cajón, mientras que por detrás los barrotes de la reja se me clavaban en la carne. Se considera que tal confinamiento de animales salvajes en los primeros tiempos es ventajoso, y hoy, según mi experiencia, no puedo negar que, en el sentido humano, así es en realidad.

Pero entonces no pensaba en eso. Por primera vez en mi vida me encontraba sin salida; al menos, de frente no se podía avanzar; justo delante de mí estaba el cajón, tabla firmemente unida a tabla. Cierto es que entre las tablas había una rendija continua que, cuando la

descubrí por primera vez, saludé con el aullido feliz de la incomprensión, pero esa rendija no bastaba ni de lejos para pasar la cola y no se podía ensanchar con toda la fuerza de un simio.

Según me dijeron más tarde, hice inusualmente poco ruido, de lo que se dedujo que o bien moriría pronto o, si lograba sobrevivir al primer período crítico, sería muy adiestrable. Sobreviví a ese período. Sollozos ahogados, dolorosa búsqueda de pulgas, el lamer cansino de un coco, golpear la pared del cajón con el cráneo, sacar la lengua cuando alguien se acercaba: esas fueron las primeras ocupaciones en mi nueva vida. Pero en todo ello, un único sentimiento: ninguna salida. Naturalmente, lo que entonces sentí como simio solo puedo describirlo hoy con palabras humanas y, en consecuencia, lo desvirtúo, pero aunque ya no pueda alcanzar la vieja verdad simiesca, al menos en la dirección de mi relato se encuentra, de eso no hay duda.

Había tenido tantas salidas hasta entonces y ahora ninguna. Estaba atrapado. Si me hubieran clavado, mi libertad de movimiento no habría sido menor. ¿Por qué? Rascate la carne entre los dedos de los pies, no encontrarás la razón. Apriétate la espalda contra el barroto de la reja hasta que casi te parta en dos, no encontrarás la razón. No tenía salida, pero tenía que procurármela, pues sin ella no podía vivir. Siempre contra esa pared del cajón, habría reventado inevitablemente. Pero en Hagenbeck, los simios pertenecen a la pared del cajón; así que dejé de ser un simio. Un razonamiento claro y hermoso que debí de haber urdido de alguna manera con el vientre, pues los simios piensan con el vientre.

Temo que no se entienda exactamente lo que quiero decir con «salida». Uso la palabra en su sentido más común y pleno. Deliberadamente no digo libertad. No me refiero a ese gran sentimiento de libertad en todas direcciones. Como simio quizá lo conocí, y he conocido a hombres que lo anhelan. Pero en lo que a mí respecta, no exigí libertad ni entonces ni ahora. Dicho sea de paso: entre los hombres, uno se engaña con demasiada frecuencia con la libertad. Y así como la libertad se cuenta entre los sentimientos más

sublimes, también el engaño correspondiente se cuenta entre los más sublimes. A menudo he visto en los teatros de variedades, antes de mi actuación, a alguna pareja de artistas manejando los trapecios en lo alto del techo. Se balanceaban, se columpiaban, saltaban, flotaban el uno en los brazos del otro, uno sostenía al otro con los dientes por el pelo. «También esto es libertad humana», pensé, «movimiento soberano». ¡Oh, burla de la sagrada naturaleza! Ningún edificio resistiría la risotada del mundo simiesco ante semejante espectáculo.

No, no quería libertad. Solo una salida; a la derecha, a la izquierda, a donde fuera; no ponía otras condiciones; aunque la salida no fuera más que una ilusión; la exigencia era pequeña, la ilusión no sería mayor. ¡Avanzar, avanzar! Solo no quedarse quieto con los brazos en alto, presionado contra la pared de un cajón.

Hoy lo veo claro: sin la mayor calma interior nunca habría podido escapar. Y, de hecho, quizá le debo todo lo que he llegado a ser a la calma que me invadió después de los primeros días allí en el barco. Y la calma, a su vez, se la debí probablemente a la gente del barco.

Son buenas personas, a pesar de todo. Todavía hoy recuerdo con gusto el sonido de sus pesados pasos, que entonces resonaban en mi duermevela. Tenían la costumbre de abordar todo con extrema lentitud. Si uno quería frotarse los ojos, levantaba la mano como si fuera un peso colgante. Sus bromas eran toscas, pero cordiales. Su risa iba siempre mezclada con una tos de sonido peligroso pero sin importancia. Siempre tenían algo en la boca para escupir, y les daba igual dónde escupían. Siempre se quejaban de que mis pulgas saltaban sobre ellos; pero nunca se enfadaron seriamente conmigo por eso; sabían que en mi pelaje prosperan las pulgas y que las pulgas saltan; con eso se conformaban. Cuando no estaban de servicio, a veces algunos se sentaban en semicírculo a mi alrededor; apenas hablaban, sino que solo se arrullaban unos a otros; fumaban en pipa, tumbados sobre cajones; se daban palmadas en la rodilla en cuanto yo hacía el más mínimo movimiento; y de vez en cuando uno tomaba un palo y me hacía cosquillas donde me resultaba

agradable. Si hoy me invitaran a hacer un viaje en ese barco, sin duda rechazaría la invitación, pero es igualmente cierto que no son solo recuerdos desagradables los que podría evocar allí en el entrepuente.

La calma que adquirí en el círculo de esta gente me disuadió, sobre todo, de cualquier intento de fuga. Visto desde hoy, me parece que al menos intuí que debía encontrar una salida si quería vivir, pero que esa salida no se lograría mediante la fuga. Ya no sé si la fuga era posible, pero creo que sí; para un simio, la fuga siempre debería ser posible. Con mis dientes de hoy, tengo que tener cuidado incluso al cascar nueces corrientes, pero entonces, con el tiempo, probablemente habría conseguido morder la cerradura de la puerta hasta romperla. No lo hice. ¿Qué se habría ganado con ello? Apenas hubiera asomado la cabeza, me habrían capturado de nuevo y encerrado en una jaula aún peor; o podría haberme escabullido sin ser visto hacia otros animales, por ejemplo, hacia las serpientes gigantes que estaban frente a mí, y haber exhalado mi último aliento en sus abrazos; o incluso podría haber conseguido deslizarme hasta la cubierta y saltar por la borda, entonces me habría mecido un ratito en el océano y me habría ahogado. Actos desesperados. Yo no razonaba de forma tan humana, pero bajo la influencia de mi entorno me comporté como si hubiera razonado.

No razonaba, pero sí observaba con toda calma. Veía a aquellos hombres ir y venir, siempre las mismas caras, los mismos movimientos, a menudo me parecía que era solo uno. Aquel hombre o aquellos hombres caminaban, pues, sin ser molestados. Un alto objetivo alboreó en mí. Nadie me prometió que, si llegaba a ser como ellos, se levantaría la reja. Tales promesas para logros aparentemente imposibles no se hacen. Pero si uno cumple los logros, las promesas aparecen a posteriori exactamente allí donde antes se las había buscado en vano. Ahora bien, en aquellos hombres no había nada en sí que me atrajera mucho. Si yo fuera un partidario de la mencionada libertad, ciertamente habría preferido el océano a la salida que se me mostraba en la mirada turbia de aquellos hombres. En cualquier caso, los observé mucho antes de

pensar en tales cosas; de hecho, fueron las observaciones acumuladas las que me empujaron en esa dirección determinada.

Era tan fácil imitar a esa gente. Ya en los primeros días sabía escupir. Luego nos escupíamos mutuamente a la cara; la única diferencia era que yo después me lamía la cara para limpiarla, y ellos la suya no. Pronto fumaba en pipa como un veterano; si además hundía el pulgar en la cazoleta, todo el entrepuente prorrumpía en vítores; solo que durante mucho tiempo no entendí la diferencia entre la pipa vacía y la cargada.

Lo que más trabajo me costó fue la botella de aguardiente. El olor me atormentaba; me esforcé con todas mis fuerzas; pero pasaron semanas antes de que me sobrepusiera. Curiosamente, la gente se tomó estas luchas internas más en serio que cualquier otra cosa en mí. Tampoco distingo a las personas en mi recuerdo, pero había uno que venía una y otra vez, solo o con compañeros, de día, de noche, a las horas más diversas; se plantaba delante de mí con la botella y me daba lección. No me comprendía, quería resolver el enigma de mi ser. Descorchaba lentamente la botella y luego me miraba para comprobar si yo había entendido; confieso que siempre lo observaba con una atención salvaje, precipitada; un maestro de hombres no encontrará un alumno así en todo el orbe terrestre; una vez descorchada la botella, se la llevaba a la boca; yo, con mi mirada, lo seguía hasta la garganta; él asiente, satisfecho conmigo, y se pone la botella en los labios; yo, extasiado por el gradual conocimiento, me rasco chillando a lo largo y a lo ancho, donde caiga; él se alegra, se lleva la botella a los labios y da un trago; yo, impaciente y desesperado por imitarlo, me ensucio en mi jaula, lo que a su vez le produce una gran satisfacción; y ahora, apartando la botella con un amplio gesto y volviéndola a levantar con brío, se la bebe de un solo trago, echado hacia atrás de una manera exageradamente didáctica. Yo, agotado por un anhelo demasiado grande, ya no puedo seguirlo y cuelgo débilmente de la reja, mientras él concluye la lección teórica acariciándose la barriga y sonriendo.

Solo entonces comienza el ejercicio práctico. ¿No estoy ya demasiado agotado por lo teórico? Sí, demasiado agotado. Eso forma parte de mi destino. Sin embargo, cojo como puedo la botella que me ofrecen; la descorcho temblando; con el éxito, recobro poco a poco nuevas fuerzas; levanto la botella, casi indistinguible del original; me la pongo en los labios y... y la arrojo con asco, con asco, a pesar de estar vacía y llena solo por el olor, la arrojo con asco al suelo. Para tristeza de mi maestro, para mayor tristeza mía; no lo consuelo a él ni a mí mismo al no olvidar, incluso después de haber arrojado la botella, acariciarme excelentemente la barriga y sonreír.

Con demasiada frecuencia la lección transcurría así. Y en honor a mi maestro: no se enfadaba conmigo; bien es verdad que a veces me acercaba la pipa encendida al pelaje hasta que en algún lugar, donde apenas llegaba, empezaba a arder sin llama, pero luego él mismo lo apagaba con su enorme y buena mano; no se enfadaba conmigo, comprendía que luchábamos en el mismo bando contra la naturaleza simiesca y que a mí me tocaba la parte más difícil.

¡Pero qué victoria fue aquella, tanto para él como para mí, cuando una noche, ante un gran público —quizá era una fiesta, sonaba un gramófono, un oficial se paseaba entre la gente—, cuando aquella noche, sin que nadie me prestara atención, cogí una botella de aguardiente olvidada por descuido delante de mi jaula y, bajo la creciente atención de los presentes, la descorché como mandan los cánones, me la llevé a la boca y, sin vacilar, sin hacer muecas, como un bebedor profesional, con los ojos desorbitados, la garganta gorgoteante, la vacié de verdad, de verdad; arrojé la botella, ya no como un desesperado, sino como un artista; cierto es que olvidé acariciarme la barriga; pero a cambio, porque no podía hacer otra cosa, porque algo me impulsaba, porque los sentidos se me nublaban, grité un breve y sonoro «¡Hola!», prorrumpí en un sonido humano, salté con esa llamada a la comunidad de los hombres y sentí su eco —«¡Oigan, está hablando!»— como un beso sobre todo mi cuerpo empapado de sudor.

Repito: no me atraía imitar a los hombres; imitaba porque buscaba una salida, por ninguna otra razón. Además, con aquella victoria poco se había logrado. La voz me falló de inmediato; no regresó hasta pasados unos meses; la aversión a la botella de aguardiente volvió incluso con más fuerza. Pero mi rumbo, eso sí, me fue trazado de una vez por todas.

Cuando en Hamburgo me entregaron al primer adiestrador, pronto reconocí las dos posibilidades que se me abrían: el jardín zoológico o el teatro de variedades. No dudé. Me dije: pon todas tus fuerzas para entrar en el teatro de variedades; esa es la salida; el jardín zoológico es solo una nueva jaula de barrotes; si caes en ella, estás perdido.

Y aprendí, señores. Ah, se aprende cuando se tiene que aprender; se aprende cuando se quiere una salida; se aprende sin miramientos. Uno se vigila a sí mismo con el látigo; se desgarrar uno mismo a la menor resistencia. La naturaleza simiesca salió de mí arrasando, dando tumbos, hasta tal punto que mi primer maestro casi se volvió simiesco él mismo, y pronto tuvo que abandonar la enseñanza y ser ingresado en un sanatorio. Afortunadamente, salió al poco tiempo.

Pero consumí muchos maestros, incluso varios maestros a la vez. Cuando ya estuve más seguro de mis capacidades, el público seguía mis progresos, mi futuro comenzaba a brillar, contraté yo mismo a los maestros, los hice sentarse en cinco habitaciones consecutivas y aprendí de todos ellos al mismo tiempo, saltando sin cesar de una habitación a otra.

¡Aquellos progresos! ¡Aquella irrupción de los rayos del saber desde todos los lados en el cerebro que despertaba! No lo niego: me hacía feliz. Pero también confieso: no lo sobrestimé, ni siquiera entonces, y mucho menos hoy. Mediante un esfuerzo que hasta ahora no se ha repetido sobre la tierra, he alcanzado la formación media de un europeo. Eso en sí mismo quizá no sería nada, pero es algo en la medida en que me ayudó a salir de la jaula y me procuró esta salida particular, esta salida humana. Hay un excelente dicho

alemán: *sich in die Büsche schlagen* [echarse al monte]; eso es lo que he hecho, me he echado al monte. No tenía otro camino, siempre y cuando la libertad no fuera una opción.

Si contemplo mi evolución y su meta hasta ahora, ni me lamento ni estoy satisfecho. Con las manos en los bolsillos del pantalón, la botella de vino sobre la mesa, estoy medio tumbado, medio sentado en la mecedora y miro por la ventana. Si viene una visita, la recibo como es debido. Mi empresario está sentado en la antesala; si toco el timbre, viene y escucha lo que tengo que decir. Por la noche casi siempre hay función, y mis éxitos difícilmente pueden ser mayores. Cuando vuelvo a casa tarde por la noche de banquetes, de sociedades científicas, de gratas reuniones, me espera una pequeña chimpancé semidomesticada y, a la manera de los simios, me solazo con ella. De día no quiero verla; pues tiene en la mirada la locura del animal amaestrado y confuso; solo yo lo reconozco, y no puedo soportarlo.

En conjunto, en cualquier caso, he logrado lo que quería lograr. Que no se diga que no valió la pena el esfuerzo. Por lo demás, no quiero el juicio de ningún hombre, solo quiero difundir conocimientos, solo informo; también a ustedes, excelentísimos señores de la Academia, solo les he presentado un informe.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**